

CAPÍTULO IV

Abandona a Montevideo. — Causas determinantes de su partida. —
Explicación que da más tarde de su actitud. — Palabras de Cané.

Producida la invasión de la República por el general Oribe en 1843, Gómez abandonó su Patria, tomando entonces una resolución de que jamás se arrepintió.

Sabía que Rivera y su círculo personal ponían en peligro la defensa de Montevideo en las condiciones en que él creía que debiera hacerse. Temía que el despilfarro y desorden crónicos en el inmoral caudillo, agregados a su ineptitud militar recientemente demostrada una vez más en el desastre espantoso de Arroyo Grande, esterilizasen todo esfuerzo heroico, y, finalmente, sabía que un joven de su edad, por más aptitudes que atesorase, no tenía otro papel en aquellas circunstancias de guerra, que el de simple soldado de la guardia nacional, modesta esfera de acción en que podía cualquiera sustituirlo, sin que cupiese esa sustitución en el servicio que le cabía prestar con su pluma, haciendo contra Rosas, fuera de su país, lo que hicieran los emigrados argentinos que como Sarmiento, López, Alberdi y otros, tanto mal causaron al tirano argentino exhibiéndolo ante el mundo tal cual era, para lanzar a la execración de los pueblos civilizados el horror de su

nombre maldecido y las monstruosidades de su sangui-
nario despotismo.

¿Hizo bien en abandonar su país? ¿Hizo mal en no
tomar en las trincheras su puesto de soldado-ciuda-
dano?

Respetando la altura de los móviles en un hombre
de su talla, no creo que procediese bien, porque hay cir-
cunstancias y momentos en que la vida debe jugarse
aun sabiendo que se trata tan sólo de un sacrificio es-
téril o de una obscura inmolación.

La Patria en peligro, no autoriza a pensar en la mo-
ralidad de sus mandatarios y la pericia de sus genera-
les: el instante supremo en que sus destinos son incier-
tos, no da otro derecho que el de sacrificarse y perecer
sin más recompensa que la que el poeta latino discier-
ne a los que tienen la felicidad de que en su lápida se
inscriba: *dulce et decorum est pro Patria mori*.

Pero dicho esto, justo es respetar la especialidad del
caso de Gómez, cuando afirma habersele excluído de la
defensa de Montevideo por Rivera, como excluyó siem-
pre que pudo a los militares de escuela y a los hombres
de pensamiento que no se prestasen a sus criminales
enjuagues y peculados, siquiera fuese con la docilidad
de tolerarlos en silencio.

A fines de 1869, en la célebre polémica con Mitre,
que le enrostró su pretendida deserción, recoge él el
guante y contesta: " Por más que haya usted abusado
de los colores de su paleta, usted sabe que no soy un
querubín que se ha cernido en los espacios sobre los
dolores contemporáneos, ni el sibarita que en las cala-
midades públicas ha soltado la vela de su barca corona-
da de flores en busca de los jardines y las fiestas. Si
la presencia de un caudillo de quien era enemigo polí-
tico, me excluyó de la defensa de Montevideo, error de
joven si usted quiere, que volvería a cometer de viejo,
y cometió usted también abandonándola y reuniéndose

conmigo en Chile, usted me ha visto metido en el barro de los sucesos contemporáneos del otro lado de los Andes, en la revolución de septiembre, en la de julio en el Estado Oriental, en la lucha de Buenos Aires hasta 1857; en seguida en la otra orilla contra Pereira y Oribe, y aquí hasta que sancionados los pactos de noviembre, y reducida la cuestión a los límites de cuestión argentina, de organización interna, no tenía en ella cabida. Yo no era argentino ni soldado argentino y he estado en sus más rudos sucesos, corriendo la buena o la mala suerte de mis compañeros, como simple voluntario o aficionado: nunca me he retirado del puesto que he tomado y tenido en las luchas, sino al otro día del triunfo de mis amigos o de la paz ajustada por ellos.”

Al abandonar la Patria en 1843 se dirigió al Brasil, donde vivió hasta 1845, fecha en que, desterrado de Río Grande, se estableció en Valparaíso después de haber vivido alternativamente en Porto Alegre, Río Pardo, Río de Janeiro, Jacuy y otros puntos del Imperio.

Esta peregrinación en que la fantasía popular dejaba de ver un mísero emigrado, para forjarse un personaje de Byron que corría de una aventura feliz a otra aventura, arrastrado por su buena estrella a los éxitos más envidiados y a los triunfos más consoladores de la ausencia de la Patria, la ha pintado Miguel Cané con su habitual maestría en estas palabras: “Arrojado de suelo en suelo, de las costas del Brasil a las que baña el Pacífico, siempre erguido, elocuente, inspirado, encontrando siempre como los caballeros cristianos, la hija de un príncipe árabe para endulzar las largas horas de su cautiverio. Esa aureola de imperio fatal e irresistible sobre las mujeres, con que nos aparecía, le daba más importancia a nuestros ojos que mil triunfos militares o veinte ascensiones a las cumbres del poder humano”.

Esa era, efectivamente, la impresión de los jóvenes que, cincuenta años atrás, habían seguido la azarosa leyenda de su vida, habían leído sus versos llenos de pasión, y habían sido más de una vez electrizados por su fogosa elocuencia de tribuno.